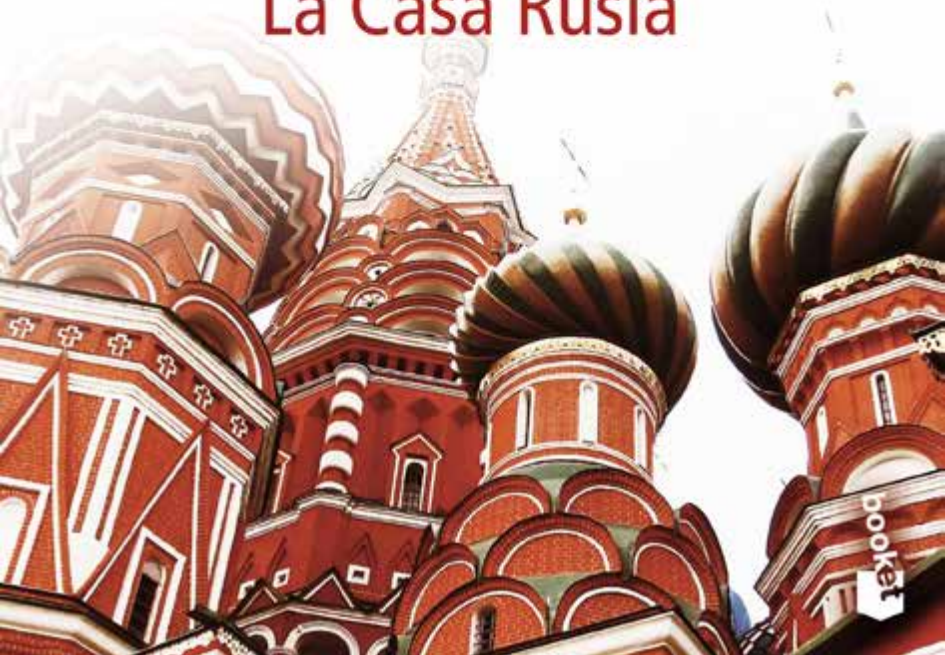




JOHN le CARRÉ

La Casa Rusia



John le Carré

La Casa Rusia

Traducción de Adolfo Martín



1

En una ancha calle de Moscú, situada a menos de doscientos metros de la estación de Leningrado, en el último piso de un recargado y horrible hotel construido por Stalin en el estilo conocido por los moscovitas como «Imperio durante la peste», la primera feria de material sonoro para la enseñanza del idioma inglés y la difusión de la cultura británica, organizada por el Consejo Británico, se arrastraba penosamente a su fin. Eran poco más de las cinco y media y el tiempo estival se mostraba un tanto errático. Tras los violentos chaparrones que se habían sucedido durante todo el día, un sol débil brillaba en los charcos y levantaba nubecillas de vapor en las veredas. De los transeúntes, los más jóvenes llevaban jeans y zapatillas, pero sus mayores continuaban arrebujados en sus prendas de abrigo.

La sala que el Consejo había alquilado no era cara, pero tampoco era apropiada para la ocasión. Yo la he visto. No hace mucho, estando en Moscú para otra misión completamente distinta, subí de puntillas la gran escalera desierta y, con un pasaporte diplomático en el bolsillo, me detuve en la eterna penumbra que envuelve a los viejos salones de baile cuando están dormidos... Con sus

gruesas columnas oscuras y sus espejos dorados, resultaba más adecuada para las últimas horas de un trasatlántico yéndose a pique que para el lanzamiento de una gran iniciativa. En el techo, ceñudos rusos tocados con gorras proletarias agitaban sus puños en dirección a Lenin. Su vigor contrastaba inevitablemente con los desportillados bastidores de casetes magnetofónicas que se alineaban a lo largo de las paredes, presentando *Winnie the Pooh* e *Inglés para computadoras en tres horas*. Las cabinas de audición, forradas de arpillera y suministradas por los servicios locales, poseían toda la melancolía de unas sillas de lona en una playa desierta bajo la lluvia. Los puestos de los expositores, apiñados bajo la sombra de una galería salediza, parecían tan blasfemos como unas oficinas de apuestas en un templo.

Sin embargo, allí se había celebrado una especie de feria. Habían acudido visitantes, como suelen acudir los moscovitas, siempre que tengan los documentos y la posición social necesaria para satisfacer a los muchachos de fría mirada y campera de cuero apostados en la puerta. Por cortesía, por curiosidad. Para hablar con occidentales. Porque está ahí. Y ahora, en la quinta y última tarde, se desarrollaba el gran cóctel de despedida de expositores e invitados. Un puñado de miembros de la reducida nómina de la burocracia cultural soviética se congregaba bajo la gran araña central, las damas con sus peinados estilo colmena y sus floreados vestidos diseñados para cuerpos más esbeltos, los caballeros estilizados por los brillantes trajes de confección francesa que significaban el acceso a las tiendas especiales. Solo sus anfitriones británicos, vestidos en apagadas tonalidades grises, observaban la monotonía de la austeridad socialista. Aumentó en intensidad el rumor de las conversaciones, una brigada de azafatas con delantal distribuyeron los rizados canapés de salame y vino blanco caliente. Un alto diplomático británico que

no era el embajador estrechaba las mejores manos y decía que estaba encantado.

Solo Niki Landau se había apartado de las celebraciones. Estaba inclinado sobre la mesa de su vacío estand, sumando sus últimos pedidos y cotejando los recibos con los gastos, pues Landau tenía por norma no salir nunca a divertirse hasta haber terminado su trabajo del día.

Y en un extremo de su ángulo visual, reducida a una simple y borrosa mancha azul, aquella mujer soviética que él estaba ignorando deliberadamente. «Complicaciones —pensaba mientras trabajaba—. Evitar.»

El ambiente de fiesta no había contagiado a Landau, a pesar de ser alegre por temperamento. En primer lugar, siempre había sentido una profunda aversión hacia todo lo británico de tipo oficial, desde que su padre fuera devuelto por la fuerza a Polonia. De los británicos mismos, me dijo más tarde, no toleraba que se hablase mal, él era uno más de ellos por adopción y sentía el poderoso respeto del converso. Pero los lacayos del Ministerio de Asuntos Exteriores eran cuestión completamente distinta. Y cuanto más elevada era su posición y más se contorsionaban y sonreían y levantaban sus estúpidas cejas al mirarlo, más los odiaba y pensaba en su padre. Además, si de él hubiera dependido, jamás habría ido a aquella feria de material fonográfico. Se habría quedado en Brighton con una nueva y preciosa amigueta que tenía, en un bonito hotelito particular que conocía para esas ocasiones.

—Es mejor que conservemos seca la pólvora hasta la Feria del Libro de Moscú, en septiembre —había aconsejado Landau a sus clientes—. A los rusos les encanta el libro, Bernard, pero el mercado fonográfico los asusta y no están predispuestos en su favor. Si nos dedicamos a la Feria del Libro, nos forramos. Si vamos a la feria fonográfica, podemos darnos por muertos.

Pero los clientes de Landau eran jóvenes y ricos y no creían en la muerte.

—Mira, Niki —dijo Bernard dando la vuelta tras él y poniéndole una mano en el hombro, cosa que a Landau no le gustaba—, en el mundo de hoy tenemos que hacer flamear la bandera. Somos patriotas, ¿comprendes, Niki? Como tú. Por eso somos una compañía domiciliada en el extranjero. Con la *glásnost* actual, la Unión Soviética es el Everest del negocio de la grabación. Y tú vas a llevarnos a la cumbre, Niki. Porque si no lo haces, encontraremos algún otro que lo haga. Alguien más joven, ¿eh, Niki? Alguien con empuje y con clase.

Empuje todavía tenía Landau. Pero clase, como él mismo era el primero en decir, clase..., eso más valía dejarlo. Él era un jugador, eso era lo que le gustaba ser. Un bulldoz jugador polaco, y orgulloso de serlo. Era el viejo Nik, el muchacho desvergonzado y audaz de los representantes que trabajaban con el Este, capaz, según gustaba alardear, de vender cuadros obscenos a un convento georgiano, o tónico capilar a un calvo rumano. Era Landau, el bajito atleta de alcoba que llevaba tacos altos para dar a su cuerpo eslavo la escala inglesa que él admiraba, y ostentosos trajes que exclamaban «eh, aquí estoy». Cuando el viejo Nik montaba su puesto, aseguraron sus colegas a nuestros infatigables investigadores, casi podía oírse el tintineo de la campanilla de su carrito de vendedor polaco. Y el pequeño Landau reía la broma con ellos y les seguía el juego.

—Muchachos, yo soy el polaco con el que ninguno de ustedes podría igualarse —declaraba orgullosamente, mientras pedía otra ronda.

Era su forma de hacer que se riesen con él. Y no de él. Y, muy probablemente, para demostrar su aserto, se sacaría luego un peine del bolsillo superior de su saco, y con la ayuda de un cuadro en la pared o de cualquier otra

superficie pulimentada, se alisaría los negrísimos cabellos para una nueva conquista, utilizando las dos manos para domarlos.

—¿Quién es esa belleza que estoy viendo en aquel rincón? —preguntaba en su apicarada mezcla de polaco del gueto y cockney del East End—. ¡Hola, encanto! ¿Por qué estamos sufriendo solos esta noche?

Y una vez de cada cinco se salía con la suya, lo que para Landau constituía una aceptable proporción de éxitos, siempre que no dejara de pedirlos.

Pero esta noche Landau no pensaba ni en éxitos ni en pedirlos. Pensaba que, una vez más, se había pasado trabajando toda la semana para ganarse una miseria —o, como más gráficamente me dijo a mí, un beso de puta—. Y que últimamente cualquier feria, ya fuese del libro, del disco o cualquier otra clase de feria, lo dejaba un poco más fatigado de lo que le gustaba reconocer, igual que le pasaba con las mujeres. Y lo que obtenía a cambio no acababa compensándolo del todo. Y que estaba deseando que llegase el momento de tomar el avión que lo devolvería a Londres al día siguiente. Y que si aquella pájara rusa de azul no dejaba de intentar atraer su atención mientras él trataba de cerrar sus libros, ponerse la sonrisa de fiesta y reunirse con la alegre multitud, muy probablemente le diría en su propio idioma algo que los dos acabarían lamentando.

Que era rusa resultaba evidente. Solo una mujer rusa llevaría colgando del brazo una bolsa de plástico, dispuesta para la posible compra que es el triunfo de la vida cotidiana, incluso aunque la mayoría de aquellas bolsas fueran de cuerda. Solo una rusa sería tan entrometida como para acercarse tanto y espiar las cuentas de un hombre. Y solo una rusa preludiaría su interrupción con uno de esos remilgados gruñidos que en un hombre siempre le recordaban a Landau a su padre atándose los cordones de los zapatos, y en una mujer, Harry, la cama.

—Disculpe, señor, ¿es usted el caballero de Abercrombie & Blair? —preguntó.

—No, querida —respondió Landau, sin levantar la cabeza. Ella había hablado en inglés, así que él le había contestado en inglés, que era la norma que siempre seguía.

—¿Señor Barley?

—Barley no, querida. Landau.

—Pero este es el puesto del señor Barley.

—Este no es el puesto del señor Barley. Este es mi puesto. Abercrombie & Blair están al lado.

Todavía sin levantar la vista, Landau señaló con la punta del lápiz hacia la izquierda, al puesto vacío contiguo, donde un letrero anunciaba en colores verde y oro la antigua casa editorial de Abercrombie & Blair, de Norfolk Street, Strand.

—Pero ese puesto está vacío. No hay nadie en él —objetó la mujer—. Ayer también estaba vacío.

—En efecto, así es —replicó Landau, en un tono que sería definitivo para cualquiera. Luego, se inclinó ostentosamente sobre su libro de cuentas esperando que la mancha azul se esfumara por sí sola, lo que, sabía, era descortés por su parte, y su insistente presencia lo hizo sentirse más descortés aún.

—Pero ¿dónde está Scott Blair? ¿Dónde está el hombre que llaman Barley? Debo hablar con él. Es muy urgente.

Landau estaba ya odiando a la mujer con irracional ferocidad.

—El *señor* Scott Blair —empezó mientras levantaba bruscamente la cabeza y la miraba de frente—, más comúnmente conocido por sus íntimos como Barley, está fuera, señora. No ha venido. Su compañía reservó un puesto, sí. Y el señor Scott Blair es director, presidente, gobernador general y, que yo sepa, dictador vitalicio de la compañía. Sin embargo, no ocupó su puesto...

Pero en aquel punto, habiéndose cruzado sus ojos con los de ella, empezó a titubear.

—Escuche, querida, yo estoy aquí tratando de ganarme la vida, ¿comprende? No la del señor Barley Scott Blair, por mucho que lo aprecie.

Se interrumpió y una caballerosa inquietud remplazó su momentánea ira. La mujer estaba temblando. No solo temblaban las manos que sostenían su bolsa marrón, sino también el cuello, pues su recatado vestido azul acababa rematado por un cuello de encaje antiguo que Landau podía ver estremecerse sobre su piel, realmente más blanca que el encaje. Sin embargo, su boca y su mandíbula denotaban firmeza y su expresión lo impresionó.

—Por favor, señor, tiene usted que ser bueno y ayudarme —dijo, como si no hubiera opción.

Landau se enorgullecía de conocer a las mujeres. Era otra de sus fastidiosas jactancias, pero no carecía de fundamento. «Las mujeres son mi entretenimiento favorito, el estudio de mi vida y mi absorbente pasión, Harry», me confió, y la convicción que latía en su voz era tan solemne como la promesa de un masón. Le era imposible ya precisar cuántas había tenido, pero le complacía decir que ascendían a varios centenares y que no había una sola que le hubiera hecho lamentar la experiencia. «Yo juego limpio y elijo bien, Harry —me aseguró, dándose unos golpes con el dedo índice en la parte lateral de la nariz—. Nada de venas cortadas, matrimonios rotos, ni palabras ásperas después.» Nadie, ni yo mismo, sabría jamás cuánto de cierto había en aquello, pero era indudable que los instintos que lo habían guiado a través de sus devaneos acudieron en su ayuda mientras formaba sus juicios sobre aquella mujer.

Era seria. Era inteligente. Era decidida. Estaba asustada, aunque en sus oscuros ojos relucía una chispa de humor. Y poseía esa rara cualidad que Landau, con su flori-

do estilo, gustaba llamar «la clase que solo la naturaleza puede dar». En otras palabras, poseía calidad, además de fuerza. Y, como en momentos de crisis nuestros pensamientos no fluyen consecutivamente, sino que se abaten sobre nosotros en oleadas de intuición y experiencia, percibió todas estas cosas de forma simultánea y las tenía ya asimiladas cuando ella le habló de nuevo.

—Un amigo mío soviético ha escrito una obra literaria creativa e importante —dijo, después de hacer una profunda inspiración—. Es una novela. Una gran novela. Su mensaje es importante para toda la humanidad.

Calló.

—Una novela —dijo Landau para ayudarla a seguir. Y, luego, sin que más tarde se le ocurriera por qué razón lo había dicho, añadió—: ¿Cómo se titula, querida?

Decidió que la fuerza que había en ella no procedía de bravuconería ni de locura, sino de convicción.

—Entonces, ¿cuál es su mensaje, si es que no tiene título?

—Se refiere a las acciones antes que a las palabras. Rechaza el gradualismo de la *perestroika*. Exige acción y rechaza todo cambio cosmético.

—Excelente —dijo Landau, impresionado.

«Hablaba como solía hacerlo mi madre, Harry: con la barbilla levantada y mirándote directamente a la cara.»

—Pese a la *glásnost* y al supuesto liberalismo de las nuevas líneas directrices, la novela de mi amigo no puede todavía ser publicada en la Unión Soviética —continuó—. El señor Scott Blair se ha comprometido a publicarla con discreción.

—Señora —dijo amablemente Landau, con el rostro ahora muy cerca del de ella—, si la novela de su amigo es publicada por la gran casa de Abercrombie & Blair, créame que puede estar segura de un secreto absoluto.

Dijo esto, en parte como chiste al que no pudo resistirse, y en parte porque su instinto le aconsejaba suavizar la

rigidez de la conversación y hacerla más intrascendente a cualquiera que estuviese mirando. Y, comprendiera o no el chiste, la mujer sonrió también, con una rápida y cálida sonrisa de envalentonamiento, que era como una victoria sobre sus temores.

—Entonces, señor Landau, si ama usted la paz, llévese, por favor, este manuscrito a Inglaterra y dáselo inmediatamente al señor Scott Blair. Solo al señor Scott Blair. Es una donación de confianza.

Lo que pasó después sucedió rápidamente, una transacción callejera entre comprador y vendedor, ambos bien dispuestos. Lo primero que hizo Landau fue mirar más allá de ella, por encima de su hombro. Lo hizo tanto por su propia seguridad como por la de ella. En su experiencia, cuando los rusos querían poner en práctica una treta, siempre había cerca otras personas. Pero aquel extremo de la sala de reuniones estaba desierto, la zona que se extendía bajo la galería en que estaban los puestos se hallaba sumida en la oscuridad, y la fiesta que se desarrollaba en el centro de la sala se encontraba en todo su apogeo. Los tres muchachos de cazadoras de cuero situados en la puerta principal charlaban aburridamente entre ellos.

Finalizada su inspección, leyó el nombre escrito en la tarjeta de plástico que la mujer llevaba en la solapa, cosa que normalmente hubiera hecho antes si sus oscuros ojos castaños no lo hubieran distraído. Yekaterina Orlova, leyó. Y debajo, expresada en inglés y en ruso, la palabra Octubre, que era el nombre de una de las más pequeñas editoriales estatales de Moscú, especializada en traducciones de libros soviéticos para su exportación, principalmente a otros países socialistas, lo que me temo la condenaba a una cierta mala calidad de publicaciones.

Luego le dijo lo que debía hacer, o quizá se lo estaba diciendo ya mientras leía el nombre de la tarjeta. Landau era un chico curtido en la calle, capaz de toda clase de tri-

quiñuelas. La mujer tal vez fuese tan valiente como seis leones, y, por su aspecto, probablemente lo fuera, pero no era una conspiradora. En consecuencia, él la tomó sin vacilar bajo su protección y, al hacerlo, le habló como hubiera hablado a cualquier mujer que necesitara su consejo sobre, por ejemplo, dónde encontrar su habitación de hotel, o qué decirle a su maridito cuando volviese a casa.

—O sea que lo ha traído consigo, ¿verdad, querida? —preguntó, mirando la bolsa y sonriendo como un amigo.

—Sí.

—Ahí dentro, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, deme la bolsa con toda normalidad —dijo Landau hablándole mientras ella seguía sus instrucciones—. Eso es. Ahora deme un amistoso beso ruso, de los ceremoniosos. Muy bien. Me ha traído un regalo oficial de despedida en el último día de la feria, algo que estrechará las relaciones anglosoviéticas y dará exceso de peso a mi equipaje, a menos que lo tire en la papelera del aeropuerto. Una transacción muy normal. Hoy he debido de recibir ya media docena de regalos de esta clase.

Parte de esto lo dijo mientras se inclinaba de espaldas a ella. Pues, introduciendo la mano en la bolsa, había sacado ya el paquete de papel marrón que había dentro y lo metía diestramente en su maletín de tipo archivador, muy compacto y con compartimientos que se abrían en abanico.

—¿Casada, Katya?

No respondió. Quizá no lo había oído o estaba demasiado ocupada observándolo.

—Entonces, ¿es su marido quien ha escrito la novela?

—preguntó Landau, sin amilanarse por su silencio.

—Es peligroso para usted —susurró ella—. Debe creer en lo que está haciendo. Entonces todo resulta claro.

Como si no hubiera oído su advertencia, Landau seleccionó, de un montón de muestras que había guarda-

do para regalar aquella noche, un ejemplar del *Sueño de una noche de verano*, realizado en virtud de encargo especial de la Royal Shakespeare Company, y lo depositó ostentosamente sobre la mesa, firmando con rotulador sobre su estuche de plástico una dedicatoria: «De Niki a Katya, paz», y la fecha. Luego le metió ceremoniosamente el estuche en la bolsa, juntó las dos asas y se las apretó en la mano, porque ella parecía estar quedándose sin fuerzas y le preocupaba la posibilidad de que se desmayase o perdiese el control. Solo entonces, mientras continuaba agarrándole la mano, que estaba fría, me dijo, pero era agradable, le dio la tranquilidad que ella parecía pedirle.

—Todos tenemos que hacer algo arriesgado de vez en cuando, ¿verdad, querida? —dijo alegremente Landau—. ¿Vamos a participar en la fiesta?

—No.

—¿Qué tal si nos vamos a cenar a alguna parte?

—No es conveniente.

—¿Quiere que la acompañe a la puerta?

—Me da igual.

—Creo que debemos sonreír, querida —dijo todavía en inglés, mientras la acompañaba a través de la sala conversando con ella como el buen vendedor en que había vuelto a convertirse.

Al llegar al amplio rellano, le estrechó la mano.

—Entonces, hasta la Feria del Libro, ¿no? En septiembre. Y gracias por advertirme. Lo tendré presente, pero lo importante es que tenemos un trato. Lo cual siempre es agradable, ¿no?

Ella le apretó la mano y pareció adquirir valor con ello, pues volvió a sonreír con una sonrisa aturdida pero agradecida y, casi, irresistiblemente cálida.

—Mi amigo ha tenido un gran gesto —explicó, mientras se echaba hacia atrás un rebelde mechón de pelo—.

Asegúrese, por favor, de que el señor Barley se hace cargo de ello.

—Se lo diré. No se preocupe —respondió vivamente Landau.

Le habría gustado recibir otra sonrisa, pero ella parecía haber perdido ya todo interés en él. Estaba hurgando en su bolso en busca de su tarjeta, que él sabía que había olvidado sacar hasta aquel momento. ORLOVA, YEKATERINA BORISOVNA, decía en caracteres cirílicos por un lado y latinos por el otro, también con el nombre Octubre en las dos versiones. Se la dio, y luego comenzó a descender rígidamente por la majestuosa escalinata, con la cabeza erguida, una mano sobre la ancha balaustrada de mármol y la otra arrastrando la bolsa. Los muchachos de las camperas de cuero se la quedaron mirando todo el camino hasta el vestíbulo. Y Landau les guiñó un ojo, mientras se guardaba la tarjeta en el bolsillo superior del saco, junto con la otra media docena que había coleccionado en las dos últimas horas. Los muchachos, tras la debida reflexión, le contestaron también con un guiño, pues aquella era la nueva época de apertura, en que un par de buenas caderas rusas podían ser apreciadas por sí mismas, incluso por un extranjero.

Durante los cincuenta minutos de francachela que quedaban, Niki Landau se sumergió en cuerpo y alma en la fiesta. Cantó y bailó para una bibliotecaria escocesa de rostro adusto que llevaba un collar de perlas. Contó una ingeniosa anécdota política sobre la señora Thatcher a un par de pálidos interlocutores de la Agencia Estatal de Publicaciones, VAAP, hasta que rompieron a reír súbitamente. Piropeó a tres damas de la Editorial Progreso y, en una serie de rápidos viajes a su maletín, obsequió a cada una de ellas con un recuerdo de su estancia, pues Landau era un regalador nato y recordaba nombres y promesas, como recordaba tantas otras cosas, con la claridad de una mente

libre de preocupaciones. Pero durante todo el tiempo mantuvo el maletín discretamente a la vista, y aun antes de que los invitados se hubieran marchado lo sostenía en la mano libre mientras iba despidiéndose de los demás. Incluso cuando subió al autobús particular que esperaba para llevar a los representantes al hotel, se sentó con él sobre las rodillas, mientras se unía al armonioso coro de cantos de rugby, dirigido, como de costumbre, por Spikey Morgan.

—¡Que hay señoras, muchachos! —advirtió Landau, y, poniéndose en pie, impuso silencio en los pasajes que consideraba demasiado atrevidos; pero incluso actuando de director se las arregló para mantener firmemente agarrado el maletín.

Ante la puerta del hotel merodeaba la habitual caterva de prostitutas, traficantes de drogas y cambistas de moneda, que, junto con sus vigilantes del KGB, contemplaron la entrada del grupo. Pero Landau no vio en su comportamiento nada que fuera motivo de preocupación, ni por exceso de vigilancia ni por exceso de indiferencia. El viejo mutilado de guerra que protegía el corredor de acceso a los ascensores le pidió su pase de hotel, como de costumbre, pero cuando Landau, que ya le había regalado cien Marlboros, le preguntó acusadoramente en ruso por qué no estaba aquella noche fuera haciéndole carantoñas a su amiguita, rio roncamente y le dio una palmada en el hombro en gesto de camaradería.

«Si están tratando de tenderme una trampa —pensé—, más vale que se den prisa, o se les enfriará la pista, Harry —me dijo, tomando el partido de la oposición en lugar del suyo propio—. Cuando tiendes la trampa a alguien, Harry, tienes que actuar con rapidez mientras la prueba preparada está todavía sobre la víctima», explicó como si llevara toda la vida tendiendo trampas de ese estilo a la gente.

—Entonces, en el bar del Nacional a las nueve —le dijo fatigadamente Spikey Morgan cuando lograron llegar al cuarto piso.

—Puede que sí, puede que no, Spikey —respondió Landau—. La verdad es que no me encuentro muy en forma.

—Gracias a Dios —dijo Spikey en medio de un bostezo, y echó a andar por su oscuro pasillo vigilado por el malencarado portero de piso desde su garita.

Al llegar a la puerta de su habitación, Landau hizo acopio de valor antes de introducir la llave en la cerradura. Lo harán ahora, pensó. Aquí y ahora sería el mejor momento para apresarme y apoderarse del manuscrito.

Pero cuando traspuso el umbral, la habitación estaba vacía y tranquila, y se sintió en ridículo por haber sospechado que pudiera ser de otro modo. Todavía vivo, pensó, y depositó la cartera sobre la cama.

Luego corrió las minúsculas cortinas todo lo que le fue posible, o sea, solamente la mitad, y colgó de la puerta, que luego cerró con llave, el inútil cartel de NO MOLESTEN. Vació los bolsillos de su traje, incluido el bolsillo en que almacenaba las tarjetas comerciales que iba recibiendo, se quitó el saco y la corbata, y finalmente la camisa. Se sirvió un dedo de vodka con limón que sacó del refrigerador y tomó un sorbo. Landau no era realmente un bebedor, me explicó, pero cuando estaba en Moscú le gustaba tomarse un buen vodka para terminar el día. Llevando el vaso al cuarto de baño, se situó ante el espejo y se pasó diez minutos largos examinando ansiosamente las raíces de sus cabellos, en busca de indicios de canas, y eliminándolas con ayuda de una nueva fórmula que obraba maravillas. Terminada esta labor a su satisfacción, se enrolló en torno a la cabeza un turbante de goma que semejava un gorro de baño y se duchó mientras cantaba, bastante bien, *Soy el prototipo de un moderno general de brigada*. Luego, se secó frotándose vigorosamente con la toalla para elevar el

tono muscular, se puso un albornoz estampado y volvió a la habitación todavía cantando.

Hizo estas cosas en parte porque siempre las hacía y necesitaba la familiaridad fortalecedora de sus propias rutinas, pero en parte también porque se sentía orgulloso de haber prescindido por una vez de toda cautela y no haber encontrado veinticinco sólidas razones para no hacer nada.

Ella era una dama, estaba asustada, necesitaba ayuda, Harry. ¿Cuándo ha desairado jamás Niki Landau a una dama? Y, si estaba equivocado con respecto a ella y la mujer lo había engañado lastimosamente, no tendría más remedio que ir recogiendo su cepillo de dientes y presentarse en la puerta de la Lubianka para dedicarse durante cinco años al estudio de sus excelentes grafitis. Porque prefería ser engañado veinte veces antes que apartarse de aquella mujer sin una razón. Y diciéndose esto, aunque solo mentalmente, pues siempre tenía en cuenta la posibilidad de micrófonos ocultos, Landau sacó el paquete del maletín y, con cierta timidez, se dispuso a desatar la cuerda que lo sujetaba, pero no a cortarla, tal y como le había enseñado su santa madre, cuya fotografía reposaba fielmente en aquellos momentos en su billetera. Tienen el mismo fulgor, pensó en placentero reconocimiento mientras se afanaba pacientemente con el nudo. Es la piel eslava. Son los ojos eslavos, la sonrisa eslava. Dos hermosas muchachas eslavas juntas. La única diferencia estribaba en que Katya no había acabado en Treblinka.

El nudo cedió finalmente. Landau enrolló la cuerda y la dejó sobre la cama. Tengo que saber, compréndelo, querida, explicó mentalmente a Yekaterina Borisovna. No quiero fisgar, no soy entrometido, pero si tengo que abrirme paso a través de la aduana de Moscú, más vale que sepa qué es lo que estoy sacando por ella, porque eso siempre ayuda.

Delicadamente para no romperlo, utilizando las dos manos, Landau abrió el papel marrón. No se veía a sí mismo como un héroe, o todavía no. Lo que era un peligro para una belleza moscovita, podía no ser un peligro para él. Su infancia y juventud habían sido duras, ciertamente. El East End de Londres no había sido precisamente una cura de reposo para un inmigrante polaco de diez años, y Landau había recibido su buena ración de labios partidos, narices rotas, nudillos aplastados y hambre. Pero si ahora o en cualquier otro momento de los últimos treinta años le hubieran preguntado cuál era su definición del héroe, habría respondido sin vacilar que un héroe era el primer hombre en escapar por la puerta trasera cuando empezaban a pedir voluntarios.

Una cosa sabía mientras miraba el contenido de aquel paquete envuelto en papel marrón: tenía el zumbido encima. Por qué lo tenía era algo que podría aclarar más tarde, cuando no hubiera cosas mejores que hacer. Pero si había que hacer un trabajo delicado aquella noche, Niki Landau era el indicado. «Porque cuando Niki tiene el zumbido, Harry, nadie zumba mejor, como todas las chicas saben.»

Lo primero que vio fue el sobre. Luego advirtió la presencia de los tres cuadernos debajo de él y vio que el sobre y los cuadernos estaban unidos por una gruesa goma elástica del tipo que él siempre guardaba pero que nunca encontraba en qué usar. Pero fue el sobre lo que atrajo su atención, porque llevaba escritas unas palabras de puño y letra de ella, una cuidada letra caligráfica que confirmaba su pura imagen de ella. Era un sobre cuadrado de color marrón, descuidadamente pegado y dirigido al «Señor Bartholomew Scott Blair. Personal y urgente».

Extrayéndolo de la goma elástica, Landau lo sostuvo a contraluz, pero era opaco y no reveló ninguna sombra. Lo exploró con el índice y el pulgar. Una hoja de papel fino

en su interior, dos como mucho. «El señor Scott Blair se ha comprometido a publicarla con discreción —recordó—. Señor Landau, si ama usted la paz..., déselo inmediatamente al señor Scott Blair. Solo al señor Scott Blair... Es una donación de confianza.» «Ella confía en mí también», pensó. Dio la vuelta al sobre, el reverso estaba en blanco.

Y, siendo esto todo lo que se puede sacar en limpio de un sobre marrón cerrado, y teniendo Landau por principio no leer la correspondencia personal de Barley ni de nadie, abrió de nuevo su maletín y, escrutando en el compartimiento de sus efectos de escritorio, extrajo de él un sobre de papel manila en cuya solapa aparecían primorosamente impresas las palabras DEL DESPACHO DEL SEÑOR NICHOLAS P. LANDAU. Luego introdujo en él el sobre marrón y lo cerró. Garrapateó sobre él el nombre «Barley» y lo guardó en el compartimiento que llevaba el rótulo de «Social» y que contenía cosas tan diversas como tarjetas de visita que le habían entregado desconocidos y notas de extraños encargos que había aceptado realizar para distintas personas..., como la gerente de una editorial que necesitaba recambios para su pluma Parker, o el funcionario del Ministerio de Cultura que quería una camiseta de Snoopy para su sobrino, o la dama de Octubre que simplemente acertó a pasar mientras él estaba recogiendo su puesto.

Y Landau hizo esto porque, con la pericia que era totalmente instintiva en él, sabía que su primera misión era mantener el sobre lo más alejado posible de los cuadernos. Si los cuadernos eran peligrosos no quería que nada los relacionase con la carta y viceversa. Y estaba completamente acertado en ello. Nuestros más polifacéticos y eruditos adiestradores, teñidos en todos los océanos del folklore de nuestro Servicio, no le hubieran dicho otra cosa.

Solo entonces tomó los tres cuadernos y retiró la goma elástica mientras mantenía atento el oído a posibles pisadas en el pasillo. Tres sucios cuadernos rusos, reflexionó, seleccionando el de arriba y dándole lentamente la vuelta. Estaba encuadernado en cartulina toscamente ilustrada y con la tela del lomo deshilachada. Doscientas veinticuatro páginas de mala calidad en cuarto y rayadas, si no recordaba mal Landau de los tiempos en que vendía artículos de papelería, al precio soviético de unos veinte kopeks al por menor en cualquier buen establecimiento, siempre que hubiera llegado la remesa de material y estuviera uno en la cola adecuada el día adecuado.

Finalmente, abrió el cuaderno y miró la primera página.

«Está loca —pensó, pugnando por vencer su disgusto—. Está en manos de un chiflado, pobrecita.»

Garabatos sin sentido, hechos por un lunático a plumi-lla con tinta china, a velocidad vertiginosa y en furiosos ángulos en los márgenes, a lo largo, a lo ancho, diagonalmente, como la letra de un médico desordenado, salpicados con estúpidos signos de admiración y subrayados. Unos, en caracteres cirílicos; otros, en inglés. «El Creador crea creadores —leyó en inglés—. Ser. No ser. Contraser», seguido de una explosión de estúpido francés sobre la guerra de la locura y la locura de la guerra, seguido por una barrera de alambradas. «Muchas gracias», pensó, y pasó a otra página, y luego a otra, tan densamente cubiertas ambas de apretada escritura que apenas si se podía ver el papel. «Tras haber pasado setenta años destruyendo la voluntad popular, no podemos esperar que de pronto se levante y nos salve», leyó. ¿Una cita? ¿Un pensamiento nocturno? Imposible saberlo. Alusiones a escritores rusos, latinos y europeos, referencias de Nietzsche, Kafka y gentes de las que nunca había oído hablar, y mucho menos había leído. Más sobre la guerra, esta vez en inglés:

«Los viejos la declaran y los jóvenes la libran, pero hoy la libran también los niños y los ancianos». Volvió otra página y se encontró con que no había en ella más que una mancha redonda y oscura. Se acercó el cuaderno a la nariz y olfateó licor. «Apesta a destilería», pensó con desdén. No es extraño que sea amigo de Barley Blair. Una página doble dedicada a una serie de histéricas proclamas:

– ¡NUESTRO MAYOR PROGRESO SE DA EN EL TERRENO DEL ATRASO!

– ¡LA PARÁLISIS SOVIÉTICA ES LA MÁS PROGRESIVA DEL MUNDO!

– ¡NUESTRO ATRASO ES NUESTRO MAYOR SECRETO MILITAR!

– SI NO CONOCEMOS NUESTRAS PROPIAS INTENCIONES Y NUESTRAS PROPIAS CAPACIDADES, ¿CÓMO PODEMOS CONOCER LAS TUYAS?

– ¡EL VERDADERO ENEMIGO ES NUESTRA PROPIA INCOMPETENCIA!

Y en la página siguiente, un poema, laboriosamente copiado de Dios sabía dónde:

*Gira hacia aquí, gira hacia allá,
y la gente se queda dudando,
si la serpiente que abrió la senda
se iba al sur o venía regresando.*

Poniéndose en pie, Landau se acercó furioso a la ventana, que daba a un sombrío patio lleno de basura sin recoger.

«Un maldito artista de la palabra, Harry. Eso es lo que pensé que era. Algún autocomplaciente genio de pelo largo y dado a las drogas, y ella se había sacrificado en vano por él, igual que hacen todas.»

La mujer tuvo suerte de que no hubiera una guía telefónica de Moscú, pues la hubiera llamado y le hubiese dicho lo que se merecía.

Para alimentar su ira tomó el segundo cuaderno, se humedeció la yema del dedo índice y empezó a pasar despreciativamente una a una las páginas, y fue así como llegó a los dibujos. Todo se le volvió blanco por un instante, como un relampagueo de pantalla vivamente iluminada, sin imágenes, en medio de una película, mientras se maldecía a sí mismo por ser un impetuoso eslavo en lugar de un inglés frío y sereno. Luego se sentó de nuevo en la cama, pero suavemente, como si alguien estuviera descansando en ella, alguien a quien hubiera herido con sus prematuras condenas.

Pues si Landau despreciaba lo que con demasiada frecuencia pasaba por literatura, el placer que encontraba en las cuestiones técnicas era ilimitado. Aunque no entendiese lo que estaba mirando, podía disfrutar todo el día con una buena página de matemáticas. Y al primer vistazo comprendió, como le había pasado con la mujer llamada Katya, que lo que estaba mirando era de calidad. «No eran tus ordenados dibujos, aquello era auténtico.» Rápidos bocetos, pero excelentes, trazados a mano alzada, sin instrumentos, por alguien que sabía pensar con un lápiz. Tangentes, parábolas, conos. Y entre los dibujos, las precisas descripciones que utilizan los arquitectos y los ingenieros, palabras como *punto de precisión*, *transporte cautivo*, *distorsión* y *gravedad y trayectoria*, «unas en tu inglés, Harry, y otras en tu ruso».

Aunque Harry no es mi verdadero nombre.

Pero cuando empezó a comparar la letra de estas palabras bellamente escritas del segundo cuaderno con el delirante revoltijo del primero, descubrió con asombro ciertas inequívocas similitudes. Así que experimentó la sensación de estar mirando una especie de diario esquizofrénico,

con un volumen escrito por el doctor Jekyll y el otro por Mr. Hyde.

Miró el tercer cuaderno, que era tan ordenado y preciso como el segundo, pero dispuesto como una especie de diario matemático con fechas y números y fórmulas, y la palabra *error* repitiéndose con frecuencia, a menudo subrayada o realzada con un signo de admiración. Y luego, de pronto, Landau clavó la vista en el cuaderno y continuó mirándolo fijamente, sin poder apartar la vista de lo que estaba leyendo. La confortable oscuridad de la jerga técnica del escritor había terminado bruscamente y también sus divagaciones filosóficas y sus dibujos cuidadosamente anotados. Las palabras brotaban de la página con deslumbrante claridad.

«Los estrategas norteamericanos pueden dormir tranquilos. Sus pesadillas no pueden materializarse. El caballero soviético está agonizando dentro de su armadura. Es una potencia secundaria, como ustedes, los británicos. Puede iniciar una guerra, pero no puede continuarla y no puede ganarla. Créanme.»

Landau no siguió mirando. Un sentimiento de respeto, mezclado con un fuerte instinto de autoconservación, le indicó que ya había turbado bastante la paz de la tumba. Tomando la goma elástica, volvió a juntar los tres cuadernos y los sujetó con ella. Es suficiente, pensó. A partir de ahora me limito a ocuparme de mis asuntos y cumplir mi deber. Que es llevar el manuscrito a mi adoptada Inglaterra y entregárselo inmediatamente al señor Bartholomew, alias Barley, Scott Blair.

Barley Blair, pensó con asombro, mientras abría el armario ropero y sacaba el voluminoso maletín de aluminio en que guardaba sus muestras. Bien, bien. Nos hemos preguntado muchas veces si estábamos acogiendo a un espía entre nosotros, y ahora lo sabemos.

La calma de Landau era absoluta, me aseguró. El inglés había vuelto a sobreponerse al polaco. «Si Barley podía

hacerlo, yo también podía, Harry, eso es lo que me dije.» Y eso fue lo que me dijo a mí también, cuando por breve período de tiempo me nombró su confesor. La gente suele hacer eso conmigo a veces, perciben la parte no realizada de mí y le hablan como si fuese la realidad.

Dejando el maletín sobre la cama, abrió los cierres y sacó dos equipos audiovisuales que los funcionarios soviéticos le habían ordenado retirar de su exposición: una historia gráfica del siglo xx con comentarios hablados, que habían declarado arbitrariamente antisoviética, y un manual del cuerpo humano con fotografías animadas y una casete de ejercicios para mantenerse en forma, que los funcionarios habían decidido que era pornográfica tras contemplar ávidamente a la flexible y joven diosa de la malla.

El equipo de historia resultaba espectacular, con la forma de un libro de lujo de gran tamaño provisto de numerosos compartimientos interiores para casetes, textos paralelos, fichas de vocabulario progresivo y notas de estudiantes. Tras vaciar de su contenido los compartimientos, Landau trató de introducir los cuadernos en cada uno de ellos, pero no encontró ninguno lo suficientemente grande. Decidió convertir dos compartimientos en uno solo. Sacó de su neceser un par de tijeras para las uñas y comenzó a soltar con ellas las grapas metálicas que formaban la divisoria central.

«Barley Blair», pensó de nuevo mientras introducía la punta de las tijeritas. Debía haberlo adivinado, aunque solo fuera porque tú eras el único que podía ser. Señor Bartholomew Scott Blair, vástago superviviente de Abercrombie & Blair, espía. La primera grapa se había soltado, la extrajo cuidadosamente. Barley Blair, que, solíamos decir, no podría vender heno a un caballo rico para salvar a su madre agonizante en su cumpleaños, espía. Empezó a apalancar la segunda grapa. Cuyo principal título para la fama era que hacía dos años, en la Feria del Libro de

Belgrado, había emborrachado de vodka a Spikey Morgan hasta el punto de que había rodado debajo de la mesa y, luego, había interpretado el saxo tenor con la banda tan admirablemente bien que hasta la policía había aplaudido. Espía. Caballero espía. Bien, aquí tienes una carta de tu dama, como dice la canción infantil.

Landau tomó los cuadernos y trató de introducirlos en el espacio que había preparado, pero no era aún lo bastante grande. Tendría que hacer un solo compartimiento con tres.

«Haciéndose el borracho —pensó Landau, con la mente fija todavía en Barley—. Haciéndose el tonto y engañándonos como a tontos a los demás. Fundiendo hasta el último penique del dinero de tu familia, hundiendo cada vez más la vieja firma. ¡Oh!, sí. Salvo que, de un modo u otro, siempre te las arreglabas para encontrar uno de esos bancos de la City que te avalase en el momento preciso, ¿verdad? ¿Y qué me dices de tus partidas de ajedrez? —*Eso debería haber sido una pista con solo que Landau hubiera tenido ojos para ello*—. ¿Cómo puede un hombre que está borracho vencer al ajedrez a todo el mundo, Harry, si no es un experto espía?»

Los tres compartimientos se habían convertido en uno solo, los cuadernos encajaban más o menos bien en su interior y la indicación impresa que había sobre ellos decía todavía NOTAS DEL ESTUDIANTE.

Notas, explicó mentalmente Landau al inquisitivo y joven agente de aduanas del aeropuerto de Sheremétievo. Notas, hijo, ya lo ves, como suena. Notas del estudiante. Por eso es por lo que hay aquí un compartimiento para notas. Y esas notas que tienes en la mano son el trabajo de un estudiante auténtico que está siguiendo el curso. Por eso es por lo que están aquí, hijo, ¿comprendes? Son «notas de demostración». Y estos dibujos están relacionados con las...

Con pautas socioeconómicas, hijo. Con cambios demográficos de la población. Con estadísticas demográficas que tanto les gustan a los rusos, ¿verdad? Mira, ¿has visto alguna vez uno de estos? Se llama libro del cuerpo.

Que Landau salvara o no el pellejo dependería de lo listo que fuera el muchacho, así como de la perspicacia y estado de ánimo de sus compañeros, dependiente, a su vez, de las relaciones conyugales de estos.

Mas para la larga noche que le esperaba y para la incursión del amanecer, cuando echaran la puerta abajo y se abalanzasen sobre él apuntándole con pistolas y gritando: «¡Landau, entréguenos los cuadernos!», para ese feliz momento el equipo preparado no serviría de nada. «¿Cuadernos, oficial? ¿Cuadernos? ¡Oh!, se refiere a esa basura que alguna chiflada belleza rusa me obligó a aceptar anoche en la feria. Creo que los encontrará en la papelera, oficial, si la camarera no la ha vaciado por una vez en su vida.»

Para esta contingencia, también Landau dispuso ahora meticulosamente la escena. Sacando los cuadernos del compartimiento del equipo de historia, los colocó artísticamente en la papelera, exactamente como si los hubiera tirado allí en el arrebató de cólera que había sentido al echar el primer vistazo. Para acompañarlos, echó también sus folletos y literatura comercial sobrante, así como un par de inútiles regalos de despedida que había recibido: el delgado volumen de otro poeta ruso y un taco de papel secante con lomo metálico. Como toque final, añadió un par de medias sin remendar que solo los occidentales ricos acostumbran a tirar.

Una vez más debo maravillarme, como más tarde hice- mos todos, del espontáneo ingenio de Landau.

Landau no salió a divertirse aquella noche, soportó la prisión familiar de su habitación de hotel en Moscú. Desde su ventana, contempló cómo el prolongado crepúsculo

se convertía en oscuridad y comenzaban a brillar las débiles luces de la ciudad. Preparó té en su tetera de viaje y comió un par de pastillas de fruta de sus raciones de emergencia. Se solazó con el recuerdo de sus conquistas más gratificantes, sonrió tristemente al pensar en otras. Se dispuso a soportar el dolor y la soledad e invocó en su ayuda a su dura niñez. Pasó revista al contenido de su billetera, su valija y sus bolsillos, y sacó todo lo que le era especialmente privado y de lo que no deseaba tener que dar cuenta, sentado a una mesa desnuda: una ardiente carta que le había enviado una amiguita hacía años y que aún podía estimular sus apetitos y la tarjeta de socio de un cierto club de video por correo al que pertenecía. Su primer impulso fue «quemarlas, como en las películas», pero lo disuadió de ello la vista de los detectores de humo en el techo, aunque habría apostado cualquier cosa a que no funcionaban.

Así pues, encontró una bolsa de papel y, tras romper todo aquello en mil pedazos, metió los fragmentos en la bolsa y la tiró por la ventana, viendo cómo iba a reunirse con la basura acumulada en el patio. Luego se tendió en la cama y dejó que fuera discurriendo la noche. A veces se sentía lleno de valor, a veces se sentía tan asustado que tenía que clavarse las uñas en las palmas de las manos para conservar la calma. En un momento dado encendió el televisor, esperando ver aparecer a las núbiles gimnastas que le gustaban. Pero en lugar de ello se encontró con el propio emperador diciendo por enésima vez a sus asombrados hijos que el viejo orden no tenía vestidos. Y cuando Spikey Morgan, medio borracho en el mejor de los casos, lo llamó desde el bar del Nacional, Landau lo retuvo en la línea por tener su compañía hasta que el viejo Spikey se quedó dormido.

Solo una vez y en su momento más bajo, le cruzó a Landau por la mente la idea de presentarse en la embaja-

da británica y buscar la ayuda de la valija diplomática. Su momentánea debilidad lo enfureció. «¿Esos cerdos? —se preguntó a sí mismo con desdén—. ¿Los que devolvieron a mi padre a Polonia? No les confiaría ni una postal de la torre Eiffel, Harry.»

Además, no era eso lo que ella le había pedido que hiciera.

Por la mañana, se vistió para su propia ejecución, con su mejor traje y con la fotografía de su madre bajo la camisa.

Y así es como sigo viendo todavía a Niki Landau siempre que consulto su expediente o lo recibo para lo que llamamos su comparecencia semestral, que es cuando gusta de revivir su hora de gloria antes de firmar otra declaración más de la Ley de Secretos Oficiales. Lo veo saliendo garbosamente a la calle de Moscú, con la valija de metal en la mano, sin tener la más mínima idea de lo que hay en su interior, pero resuelto, no obstante, a jugarse el cuello por ello.

Cómo me ve él a mí, si es que piensa en mí alguna vez, es cosa que no me atrevo siquiera a preguntarme. Hannah, a quien amé pero defraudé, no tendría ninguna duda. «Como otro de esos ingleses con esperanza en el rostro y ninguna en absoluto en el corazón», diría, enrojeciendo de ira. Pues me temo que últimamente dice todo lo que se le ocurre. Se ha esfumado gran parte de su antigua dulzura.